

LA MODERNIDAD REPUBLICANA EN VALENCIA

INNOVACIONES Y
PERVIVENCIAS EN EL ARTE
FIGURATIVO (1928-1942)



MuVIM
del 11.02.2016
al 26.06.2016



PARA
SABER
MÁS

¿CÓMO SE VISITA ESTA EXPOSICIÓN?

VESTÍBULO

1 - 2 LIBERTAD Y REPÚBLICA

SALA ALFONS ROIG

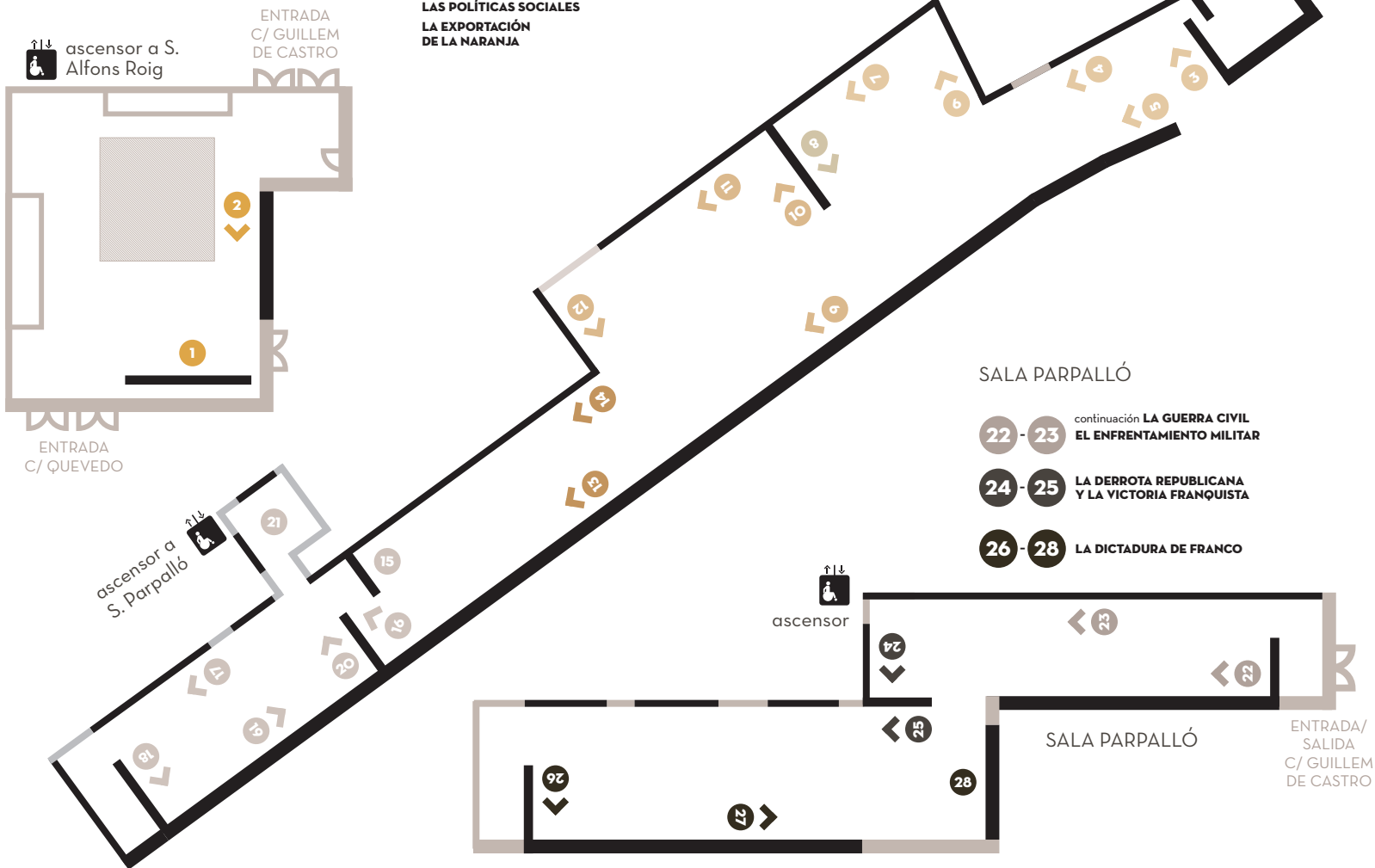
9 - 12 LOS INICIOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL PRIMER BIENIO

3 - 7 LA PRIMERA DICTADURA Y LA DICTABLANDA

13 - 14 EL SEGUNDO BIENIO Y EL FRENTE POPULAR

8 ACOSTARSE MONÁRQUICO Y LEVANTARSE REPUBLICANO

15 - 21 LA GUERRA CIVIL
EL DRAMA Y LA ESPERANZA
LAS POLÍTICAS SOCIALES
LA EXPORTACIÓN DE LA NARANJA



SALA ALFONS ROIG

SALA PARPALLÓ

22 - 23 continuación LA GUERRA CIVIL
EL ENFRENTAMIENTO MILITAR

24 - 25 LA DERROTA REPUBLICANA
Y LA VICTORIA FRANQUISTA

26 - 28 LA DICTADURA DE FRANCO

ENTRADA/
SALIDA
C/ GUILLEM
DE CASTRO



LA PRIMERA DICTADURA Y LA DICTABLANDA

La dictadura del general Miguel Primo de Rivera no fue, a pesar de la represión, las actuaciones de la censura y las querencias hacia el casticismo estético, una máquina totalitaria capaz de ahogar completamente la disidencia política y artística.

Por eso no ha de sorprender que, durante los años finales del periodo primorriverista, y en el transcurso de los posteriores gobiernos del general Dámaso Berenguer y del almirante Juan Bautista Aznar-Cabañas, el panorama artístico valenciano distara mucho de ser uniforme: dejando al margen las incursiones en el terreno de la abstracción, en el campo del arte figurativo convivían diferentes tendencias, desde aquellas que ya apostaban por la innovación -influenciadas en diversos grados por el art-déco, y sus líneas geométricas, y/o por vanguardias como el expresionismo alemán, el cubismo o el surrealismo- hasta las que mostraban la continuidad del sorollismo o el benlliurismo e, incluso, la pervivencia de tradiciones todavía más antiguas.

Así pues, una figuración estética bien pluralista enmarcó, en la ciudad de Valencia, la caída de la monarquía de Alfonso XIII y la proclamación republicana del 14 de abril de 1931, dos días después de la victoria de la Alianza Antidinástica en las elecciones municipales de nuestro *Cap i Casal*.



Vicente Canet

Cartel de la XIII Feria Muestrario de Valencia 1930. Cabeza de Mercurio con el casco alado. **Arxiu de la Diputació de València (ADPV)**

LOS INICIOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL PRIMER BIENIO

Cuando se habla de una estética específicamente republicana en atención a la gran difusión, durante la Segunda República, de algunas formas gráficas y tipográficas renovadoras, se tiene que decir al mismo tiempo que –a pesar de algunas iniciativas institucionales, por ejemplo en el campo de la arquitectura– los gobernantes no aplicaron una política cultural dirigista ni impusieron oficialmente ningún canon artístico. Otra cosa es que, como escribió la historiadora Carmen Gracia,

la favorable coyuntura política, con un mayor aperturismo ideológico, actúa favorablemente sobre procesos culturales ya iniciados, proporcionándoles medios idóneos de manifestación. La necesidad de crear y promocionar una imagen nueva de acuerdo con el nuevo sistema político estimula las inclinaciones reformistas de la clase política. Aumentan las oportunidades de trabajo para artistas de vanguardia y los instrumentos de difusión y contraste de las nuevas experiencias.

Sea como fuere, en las calles y en los ámbitos artísticos de la Valencia republicana convivieron las innovaciones rupturistas –caso de las nacidas en torno a la Sala Blava (Sala Azul) y, posteriormente, de la asociación Acció d'Art– con determinadas pervivencias estilísticas más clasicistas, y no existió una identificación absoluta entre las ejecutorias de los creadores, sus adscripciones ideológicas personales y los signos políticos de las diferentes administraciones. Recordemos en este sentido que, durante la Segunda República, no existió ningún gobierno autonómico valenciano porque –a pesar de las iniciativas de las corrientes valencianistas– fracasaron los intentos de conseguir un estatuto de autogobierno.



José Lázaro Bayarri
Fotografía del día de la proclamación de la Segunda República en Valencia. 14 de abril de 1931. **Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu. Colección Lázaro Bayarri.**

José Lázaro Bayarri
Fotografía del 9 de octubre de 1933, durante la procesión cívica y la manifestación valencianista. **Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu. Colección Lázaro Bayarri.**

EL SEGUNDO BIENIO Y EL FRENTE POPULAR

A pesar de no existir una correlación mecánica entre las pulsiones del arte y las de la política, hay que recordar que la Segunda República, en su conjunto, no tiene carácter izquierdista. Así, al margen del juicio que pueda merecer el Gobierno Provisional vigente durante los primeros meses del régimen, lo bien cierto es que durante más de dos años, entre diciembre de 1933 y febrero de 1936 –el periodo que parte de la historiografía conoce como «Bienio negro»–, la administración republicana fue hegemonizada por fuerzas políticas que arrinconaron, o rectificaron, las iniciativas de izquierda llevadas a cabo por los gestores socialistas y azañistas del primer bienio, también conocido como «Bienio transformador» o «reformista».

Además, durante casi todo el periodo republicano prebélico, el gobierno del Ayuntamiento de Valencia permaneció en manos de la tendencia blasquista, fundada por el escritor y político Vicente Blasco Ibáñez: si bien este grupo se definía por su republicanismo y por una fuerte tradición anticlerical, no se le puede calificar como propiamente de izquierdas. La situación cambiaría sólo con la victoria del Frente Popular en las elecciones municipales de marzo de 1936, a pocos meses del golpe de estado de derecha y de extrema derecha –el «Alzamiento Nacional»– que desembocaría en la Guerra Civil.



Luis Albert

Proyecto, nunca realizado, del nuevo Teatro y Hotel Principal de Valencia. 1935. **Arxiu de la Diputació de València (ADPV)**

LA GUERRA CIVIL

Es bien sabido que Valencia llegó a ser, junto con Madrid y Barcelona, una de las tres sedes sucesivas del gobierno de la Segunda República a lo largo de la guerra. Pero se tiene que conocer igualmente que nuestra capital también se convirtió, como estas dos ciudades, en uno de los tres principales centros difusores de las imágenes -iconos- de la lucha republicana. En efecto, durante el asedio de Madrid por las tropas franquistas, buena parte de la producción de carteles en defensa de la Segunda República se realizó en la ciudad de Valencia, hecho que se explica por el reconocido prestigio y gran capacidad técnica de los talleres litográficos e imprentas existentes, así como por la presencia en nuestra capital de destacados artistas y cartelistas tanto valencianos como de otras procedencias, que pusieron su relevancia e ingenio a disposición de las autoridades políticas y de las organizaciones obreras. Estos creadores de obediencia ideológica izquierdista utilizaron, cuando fue el caso, estéticas realistas -y, así pues, tradicionales- para facilitar la comprensión de los mensajes por parte de las masas y la consiguiente adhesión a la causa. Es importante señalar, además del valor artístico de estos carteles, que pasadas ocho décadas desde su elaboración la significación política de los mismos continúa siendo todavía sobrecogedora. E igualmente hay que recordar que, paralelamente a esta efervescencia marcada por el enfrentamiento violento, las entidades valencianas Acció d'Art y la Unión de Escritores y Artistas Proletarios (UEAP) se unieron en la AIDC, la célebre Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura.

Una acotación última en este apartado: se dice a menudo que un cartel es un grito en la pared, y en consecuencia debemos afirmar que, en la Valencia inmersa en la guerra, los muros gritaban a cada paso: lo hacían entre las



Alfred Claros

La Piedad, 1937, óleo sobre lienzo

Propiedad de Cristina Pons Claros

explosiones de las bombas lanzadas por la aviación musulina, aliada de Franco y radicada en Mallorca; gritaban sobre las estructuras de los imprescindibles refugios anti-aéreos; exhibían su utilidad al poner letras, trazos y colores a las manifestaciones y pretensiones de la revolución política izquierdista y de la maquinaria militar; lanzaban sus mensajes al lado de los ataques iconoclastas contra los edificios religiosos y sus contenidos; e, igualmente, los carteles convivían con la represión ejercida sobre aquellas personas -miembros del clero o laicas- consideradas como enemigas de clase y como parte de una «quinta columna» que, emboscada, codiciaría la victoria de los «nacionales».

EL TRÍPTICO ROJO

«Un cartel es un grito que se lanza desde una pared. Aparentemente silencioso, su terreno no es el del sonido: es un grito visual. Una alarma. Un aviso. Un recuerdo urgente. El enemigo amenaza: ciudadanos y campesinos están en alerta permanente. En la guerra civil española los carteles son la conciencia colectiva de resistencia fijada en los muros. Nadie debe relajarse. Ninguno puede olvidarse. Los muros, cotidianamente, recuerdan, avisan, alertan, gritan su mensaje en todas direcciones».

Facundo Tomás: «Los carteles valencianos en la guerra civil», en *València, capital de la República* (Ajuntament de València, Valencia, 1986, p. 81).

-A la izquierda, célebre cartel de Josep Renau, consagrado artista polifacético y militante comunista que alaba el decreto de reforma agraria del gobierno estatal, realizado en beneficio del campesinado, y consecuentemente apela a la defensa armada de la causa republicana: un labriego -sin camisa, con sombrero, quemado por el sol y entre espigas- toma en la mano derecha un rifle militar, que atraviesa mediante la bayoneta calada a una serpiente, es decir, al *maldito* propietario faccioso. La mano izquierda del personaje rural sostiene la hoz, símbolo de los trabajadores del campo.

-En el centro, una de las obras más icónicas de Artur Ballesster, anarquista y amigo de Vicente Blasco Ibáñez, donde -mediante la fusión de rostros de labradoras y de alegorías locales y universales- se proyecta una de las visiones más emblemáticas del valencianismo de izquierdas de época republicana, con una proclama autóctona, humanista y defensora del trabajo intelectual: «Cultura es libertad / Fascismo es esclavitud / El País Valenciano a la vanguardia de Iberia». El cartel fue editado a instancia del órgano sucesor de la Diputación, el Consejo Provincial de Valencia cuyo escudo aparece en la esquina inferior derecha.



Biblioteca Històrica. Universitat de València (izquierda), **Colección particular** (centro) y **CRAI Biblioteca Pavelló de la República (Universitat de Barcelona)** (derecha).

-A la derecha, uno de los más conocidos y contundentes carteles de Manuel Monleón, anarquista afecto al Partido Sindicalista, que muestra la deseable destrucción del fascismo, representado por una gran y amenazadora serpiente, a manos de un hombre en tonos rojizos -enfurecido, de complexión hercúlea y completamente desnudo- decidido a lanzar un golpe mortífero con un enorme martillo, el emblema de la clase obrera.

La encarnación del enemigo -el «propietario faccioso» en el caso de la obra de Josep Renau y el «fascismo» por lo que respecta a la creación de Manuel Monleón- se materializa en una serpiente, símbolo del mal por antonomasia en la tradición judeocristiana y, por extensión, en el mundo occidental. En efecto, el ofidio aparece en la iconografía cristiana como representación del demonio de acuerdo con la conocida narración del Génesis: fue la serpiente demoníaca quién tentó a Eva en el Paraíso; y es también este reptil maligno el que aparece pisado por el pie de la Virgen María en determinadas figuraciones artísticas, realizadas bajo el influjo del episodio de la «mujer vestida de sol» contenido en el Apocalipsis.

EL TRÍPTICO AZUL

Por la parda geografía
de la tierra castellana
cara al sol de los trigales
los falangistas cantaban.

[...]

El Cid -lucero de hierro-
por el cielo cabalgaba,
con una espada de fuego
en fraguas del sol forjada.

[...]

¡Toda Castilla está en armas!

Madrid se ve ya muy cerca.

¿No oyes? ¡Franco! ¡Arriba España!

[...]

... Por la parda geografía
de la tierra castellana
clavadas en los fusiles,
las bayonetas brillaban.
El Cid, con camisa azul,
por el cielo cabalgaba...

Federico de Urrutia: «Romance de Castilla en armas», en *Poemas de la Falange eterna* (Santander, A. G. Aldus, 1938, p. 27-30).

El «Ejército de Levante» franquista ocupó la ciudad de Valencia a las postrimerías de marzo de 1939, dos meses después de que Barcelona dejara de ser republicana y capital de la Cataluña autonómica, y bien al poco de la entrada en Madrid de las tropas del «Caudillo». Desde entonces la iconografía de izquierdas que llenaba los muros de la capital valenciana enmudecería por siempre jamás, y su lugar lo ocuparían las inscripciones y los carteles de los vencedores, como estos tres ejemplos de impactante factura, dos de los cuales ostentan el emblema falangista integrador del yugo y las flechas, inspirado en las divisas históricas -galantes y separadas- de los Reyes Católicos.

Los nuevos detentadores del poder se obstinarían en hacer realidad «la España Una» y, así pues, a utilizar simbólicamente la figura del castellano Ruy Díaz de Vivar,



Teodoro Delgado (izquierda) y **Juan Cabanas** (centro y derecha)
Carteles del bando franquista de la Guerra Civil datados entre
1937 y 1939. **Arxiu de la Diputació de València (ADPV)**

o Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, convertido en icono del nacionalismo español vencedor en la guerra. Pero, igualmente, la figura de Cid había impregnado una parte de la causa republicana: «la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos» (Antonio Machado *dixit*). He aquí el tono castellanista que utilizaba la Dirección General de Prensa en una inclusión anónima -y obligatoria- al periódico Levante, entonces subtítulo Diario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, el 16 de abril de 1939 (el texto en cuestión llevaba por título «Valencia de Cid, Valencia de la mar, Valencia la mayor»): «Y así [como en ocasión de la conquista del Cid] ha vuelto a ser en esta guerra de Resurrección de España. Otra vez el genio de Castilla, político, militar y religioso ha venido a salvar a Valencia del infierno de la indisciplina, de la vocinglería barroca y democrática, del caos bolchevique, [...]. La Historia ha vuelto por donde fue en otros tiempos. Por el Haz y el Yugo -la Unidad y la Disciplina-, por la Patria y el Pan, han vuelto a lidiar hombres contra hombres sobre el suelo sagrado de España, y ha vuelto a ser ancha Castilla. Y mejor aún que en el Medievo, que si entonces teníamos Cid, ahora tenemos César, [...]».

LA DICTADURA DE FRANCO

La victoria del «Generalísimo» supuso la férrea censura a todos los efectos, y la autocensura, la represión o el exilio de los artistas y escritores de izquierda, pero no implicó la desaparición total de las estéticas renovadoras en la esfera pública, una parte de las cuales permanecieron guarecidas en instancias de la «Nueva España» uniforme y uniformada, un estado donde –mayormente– no se respiraba el aire de la innovación.

Hay que recordar que la Falange fue neutralizada políticamente, en muy buena parte, ya durante la guerra, pero fueron justamente los falangistas –el componente nacionalsindicalista del bando anti-republicano– los más proclives a las tendencias artísticas aperturistas, en paralelo a la vinculación entre el fascismo italiano y la vanguardia futurista. En todo caso Francisco Franco, el dictador publicitado como caudillo de una cruzada neo-medieval –y máximo dirigente de la nueva Falange unida con otras fuerzas– no podía ser calificado precisamente como moderno.

Las manifestaciones de modernidad artística en el seno del régimen franquista han de ser entendidas, pues, como la expresión de una corriente bastante minoritaria, nostálgica del vanguardismo y deseosa de una revolución nacionalsindicalista que, de tan «pendiente», no llegó nunca.



Cartel con el perfil del dictador Francisco Franco. 1939
Arxiu de la Diputació de València (ADPV)



Cartel franquista con un obrero metalúrgico y un labriego dándose la mano. 1939?
Arxiu de la Diputació de València (ADPV)



José Calandín
Cartel de la XX Feria Muestrario Internacional de Valencia. 1942
Arxiu de la Diputació de València (ADPV)

EPÍLOGO

Murió en Valencia Arturo Ballester, uno de los grandes diseñadores gráficos españoles. Tenía 89 años, falleció en la pobreza y 15 personas fueron a su entierro.

Jaime Millás. *El País*, Valencia, 23 de junio de 1981
(ahora en Jaime Millás: *Crónicas de la transición valenciana 1972-1985*), Diputación de Valencia · Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2015, p. 353-355):

Los restos mortales del diseñador gráfico Arturo Ballester, uno de los grandes cartelistas españoles del siglo XX, recibieron ayer sepultura en el cementerio civil de Valencia, tres nichos a la derecha de donde está enterrado su amigo Vicente Blasco Ibáñez. A los 89 años, su vida se truncó para ser despedido con el completo abandono de los compañeros de su generación y sin familiares que resuelvan su herencia. La quincena de personas que ayer contemplaba, a mediodía, cómo el féretro entraba en el nicho, era todo el homenaje de sus amigos republicanos y cenetistas, de las fuerzas vivas de la cultura valenciana.

«Esta tarjeta sirve para comunicar al señor lapidario», dejó escrito al artista de piedra Hipólito González, «cuando llegue su momento, para el fin de que sea este señor el encargado de quitar y después colocar la lápida, puesto que es él quien la puso por primera vez. Este señor lapidario se encuentra informado de este asunto». Hipólito González había enterrado al único hijo de Ballester en 1941, cuyos huesos se veían ayer convertidos en polvo, y a su esposa Concepción Aucejo Gallent. «Quiero que mi cuerpo sea enterrado en el cementerio Municipal de Valencia y en el nicho de mi propiedad... donde están los restos de mi esposa». Este párrafo consta en una carta de papel barba, escrita en julio de 1975, que recoge su última voluntad.



Artur Ballester

Cartel para el sindicato anarquista CNT. 1936-1939.

CRAI Biblioteca Pavelló de la República (Universitat de Barcelona)

Una cirrosis hepática, complicada con un proceso neuromónico, le ocasionó la muerte en el Hospital Provincial de Valencia, a las 15.30 horas del viernes último. «Yo tampoco estoy aquí», le dijo dos días antes de morir a la asistente social, Elpidia Giménez, que ha atendido al pintor durante los dos últimos años de su vida. «No me dejen que me muera. Vaya a la Diputación Provincial».

El deseo de Ballester de que su obra fuera donada a la Diputación para contemplación colectiva fue una de las preocupaciones más persistentes en su ocaso vital.

Del depósito de cadáveres del hospital salió el furgón funerario, cubierto por dos grandes coronas, una, con la inscripción «Tus amigos no te olvidan»; otra, con la bandera de las cuatro barras de la Diputación de Valencia. El presidente de la Corporación, Manuel Girona; los concejales Millán y Real, los intelectuales y artistas Vicent Ventura, Andreu Alfaro, Arturo Heras dieron el último adiós a uno de los cartelistas más importantes del siglo XX, que revolucionó el diseño del periodo de entreguerras. La ausencia de familiares llamó la atención, aunque Ballester, desaparecidos su esposa e hijo, decía: «No trato con mi familia. Para mí no tengo familia».

Prácticamente ciego y parálítico, Arturo Ballester tuvo que salir de su estudio, en la calle del Conde de Salvatierra, en el barrio del ensanche modernista de Valencia, para morir en el hospital. Vivía humildemente. Desde hace pocos años la Diputación le gestionó una pensión de 13.000 pesetas. La propietaria del piso donde Ballester daba algunas clases de pintura y dibujaba tarjetas postales para sobrevivir en su duro exilio interior, al conocer su muerte, ha colocado en la puerta el cartel de «Precintado», hasta que se clarifique la herencia. Aunque no tiene validez legal, es un síntoma de la iniciativa tomada por la Diputación y Ayuntamiento hasta que el Juzgado realice las diligencias de prevención de abintestato y se efectúe un inventario y se decida donarlo a la Corporación provincial, última voluntad de Ballester, según las personas más próximas al pintor, aunque no ha dejado testamento escrito.

Como último homenaje, el concejal de Cultura, Fernando Millán, propondrá a la comisión de Cultura el viernes próximo rotular una calle de Valencia y nombrarle hijo adoptivo de la ciudad. Arturo Ballester fue uno de los miembros más destacados de los diseñadores, que en



Artur Ballester

Detalle de un cartel para la Central de Exportación de Agrios.
1936-1939 **Biblioteca Històrica. Universitat de València**

los años veinte revolucionó el grafismo español. Aunque adquirió su formación académica en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, eligió el arte vinculado a los intereses de las masas: carteles, ilustraciones, anagramas comerciales, portadas de libros.

Mantuvo una especial amistad con Vicente Blasco Ibáñez, al que ilustró numerosos libros, y con los republicanos de la época. Por otro lado, durante la guerra civil hizo carteles para la CNT-AIT, así como para los partidos de izquierda y Gobierno republicano. En esta época mantuvo una fuerte vinculación con la vanguardia artística valenciana.

ORGANIZA



MuVIM
Museu Valencià
de la Il·lustració
i de la Modernitat

COLABORA

